

## VALLEJOS VILLAGRAN, Alvaro Modesto

(Dossier 23 Pág. – 6 artículos)



**NOMBRE COMPLETO:**

Alvaro Modesto Vallejos Villagrán

**EDAD al momento de la detención o muerte:**

18-04-49, 25 años a la fecha de detención

**PROFESION U OCUPACION:**

Estudiante de medicina

**FECHA de la detención o muerte:**

20 de mayo de 1974

**LUGAR de la detención o muerte:**

Detenido en el domicilio de sus padres ubicado en Pasaje Prat 3250, Maipú

**ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:**

Efectivos de la DINA que se identificaron verbalmente como miembros del Servicio de Inteligencia Militar.

**TIPO CASO de violación de derechos humanos:**

Detenido Desaparecido

**HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:**

Casado, 1 hijo, Miembro del Comité Central del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Chile)

### SITUACION REPRESIVA



Alvaro Modesto Vallejos Villagrán, casado, un hijo, estudiante de Medicina, militante del MIR, fue detenido el 20 de mayo de 1974, alrededor de las 20:30 hrs., en el domicilio de sus padres ubicado en Pasaje Prat 3250, Maipú, por efectivos de la DINA que se identificaron verbalmente como miembros del Servicio de Inteligencia Militar. Los agentes, armados con metralletas, lo buscaban por ser integrante del Comité Central del MIR y por disponer de dólares para el financiamiento de guerrillas. La familia fue bruscamente separada en distintas habitaciones de la casa, siendo todos ellos interrogados. Al afectado lo amenazaban diciéndole que "no soportaría la tortura", considerando su estado físico; era de estatura baja y delgado. En seguida fue esposado y se lo llevaron en una camioneta Chevrolet color blanco, modelo C-10. Se supo que fue conducido al recinto secreto de la DINA ubicado en calle Londres 38.

Su cónyuge -María Lucía Villavicencio- se fue a casa de un hermano hasta donde llegaron más tarde los agentes y, luego de interrogar a los dueños de casa, procedieron a llevársela detenida. Ella también fue trasladada a Londres 38, donde se dio cuenta que su presencia en este lugar era para presionar a su marido. Los agentes decían que si él hablaba se comprometían a sacarla del país. Tras venderle la vista -al igual que su cónyuge- la trasladaron a una pieza de interrogatorios donde fue vejada, amenazada e insultada en medio de golpes. Más tarde, fue conducida a la casa de sus suegros, quedando bajo arresto domiciliario.

Días después, el 25 y 27 de mayo, los mismos sujetos concurren a su domicilio y lo allanaron, llevándose todo lo que había de valor (una máquina de escribir, dinero, un anillo de oro, etc.).

Un mes después, nuevamente allanaron la vivienda, retirando más especies como maletas y ropa, aduciendo que "todo era robado" o "financiado con dinero extremista".

También en esos días fueron a buscar a su hermana, de solo 14 años, a quien obligaron a que los acompañara hasta el domicilio del afectado.

La familia tuvo contacto con Alvaro Vallejos el día 29 de julio de 1974, fecha en que fue llevado a la casa de sus padres, indicando los efectivos de seguridad que quedaba en libertad y que debía ir a firmar a Carabineros de Maipú cada 3 días. Sin embargo, a los quince minutos, volvieron como 15 agentes, con gran despliegue de vigilancia, los cuales exhibieron a su padre -un Suboficial Mayor del Ejército en servicio activo- las tifas correspondientes y le manifestaron que lo llevaban a firmar y regresaba.

Desde entonces nadie de su familia volvió a verlo.

Alvaro Vallejos fue visto en el recinto secreto de detención de Londres 38 por varios prisioneros que estuvieron con él y recuperaron su libertad posteriormente. Entre ellos, Raimundo Elgueta Pinto, quien se encontraba detenido desde el 6 de mayo de 1974 en ese lugar quien señala que el afectado le contó que había sido torturado. El mismo fue testigo que Vallejos fue llevado tres veces en un mismo día a interrogatorios con largas sesiones de tortura. Dice que la última vez que lo vio fue el 30 de mayo de ese año, en malas condiciones físicas, con sus piernas inmovilizadas producto de la electricidad y los "colgamientos". Lo habían golpeado mucho, no hablaba prácticamente nada y le expresó que de no decir lo que ellos querían saber, lo matarían en el siguiente interrogatorio.

El último sábado de mayo llegó también al recinto de calle Londres, Blanca Troncoso y, pasada la medianoche, fue llevada junto al afectado a la pieza donde interrogaban. Primero entró el joven, mientras ella quedó afuera y escuchó como se quejaba. Estas sesiones eran dirigidas por el agente Osvaldo Romo, el que después de un rato ordenó que ingresara la testigo. Al interior de la habitación sentía aún los quejidos de la víctima al que pudo ver, en un momento en que se le bajó la venda, lo tenían colgado de una barra. El 5 de junio ella fue trasladada al Estadio Chile. Otra detenida, Eliana Medina, que llegó el 16 de junio de 1974 desde otro recinto ubicado en los subterráneos de la Plaza Bulnes, expresa que Vallejos junto a otros dos presos, Jorge Grez y Agustín Reyes, eran constantemente sacados a interrogatorios y volvían en muy malas condiciones.

Al parecer, hacia fines de junio, Vallejos fue trasladado a Cuatro Alamos y después volvió a la casa de calle Londres. Igual cosa sucedió con Jorge Grez, Agustín Reyes y otro detenido a quien llamaban "lolo", razón por la cual les decían "los 4 Alamitos". Esto lo recuerda Cristián Van Yurick que fue detenido el 12 de julio de 1974 y llevado a Londres 38. Señala Van Yurick que apenas llegó fue interrogado y torturado y más tarde lo ubicaron en la pieza donde estaban los demás detenidos, pero separado del resto. Dice que Vallejos se acercó a él con frazadas y lo tranquilizó. Se conocían con anterioridad.

Algo parecido recuerda Adriana Pino, que también llegó detenida el 12 de julio a la casa de calle Londres. Cuenta que Alvaro Vallejos, a quien también le decían "loro Matías", la acompañaba al baño por orden de los guardias, oportunidad en que le relataba que era torturado en ese mismo baño, donde le introducían la cabeza en un hoyo del piso que contenía al parecer agua con excremento, que luego lo mojaban entero y le aplicaban electricidad.

Graciela Mathieu Loguercio también se acuerda de Alvaro Vallejos durante su reclusión en Londres 38, donde ella llegó detenida la medianoche del 15 de julio. Cuenta que el afectado hablaba mucho e interpelaba a los agentes diciéndoles que eran utilizados. Dice que era uno de los pocos que no demostraba miedo a los aprehensores, lo que le había reportado una suerte de respeto de parte de estos sujetos hacia él.

Esta actitud la recuerda también Patricia Barceló, detenida alrededor del 23 de julio de 1974. Dice que el afectado hacía sonar los tacos, se permitía hacer chistes y caminaba por la pieza, en circunstancias que al resto no se lo permitían.

En el transcurso de la última semana de julio varios detenidos fueron trasladados a Cuatro Alamos y entre ellos también debió serlo Vallejos, ya que muchos dicen haberlo visto nuevamente con posterioridad a esta fecha en este recinto. Entre quienes lo vieron aquí se encuentran Adriana Pino, Francisco Lagos y Lilian Yáñez.

Alvaro Vallejos Villagrán había permanecido muy poco tiempo en Cuatro Alamos, ya que a fines de julio o comienzos de agosto de 1974 fue sacado y llevado a Colonia Dignidad, según lo declaró el ex agente de la DINA, Samuel Fuenzalida Devia, el 30 de octubre de 1979 en Alemania, en el juicio que entablara Colonia Dignidad en contra de Amnesty Internacional.

Fuenzalida expresó que en esa fecha acompañó al Capitán de Ejército llamado Fernando o Fernández a Cuatro Alamos a buscar a un preso que recordaba por su sobrenombre: "Loro Matías", el que era bastante conocido entre los agentes de la DINA. Sabía que era hijo de un Suboficial de Ejército y que estaba destinado a "Puerto Montt", según vio en los kardex de ese organismo. En la DINA se usaba este término para indicar que iban a matar a un preso por tierra. Otro término "La Moneda", se usaba para indicar que lo mismo harían con un preso, pero tirándolo al mar.

El ex agente contó que Vallejos iba esposado y pidió permiso para llevar sus cosas personales, pero el Capitán le contestó que no las iba a necesitar.

El viaje lo hicieron en una camioneta Chevrolet y antes de iniciarlo, a la víctima le pusieron scotch en los ojos y encima lentes oscuros. A la llegada a Parral, en el Cruce a Catillo, se cruzaron con otra camioneta con civiles con quienes intercambiaron un santo y seña. El Capitán se bajó y cuando quedaron solos, Vallejos le dijo a Samuel Fuenzalida que tenía la impresión que lo llevaban a un lugar donde ya había sido conducido con anterioridad, porque era el mismo camino. Al llegar al recinto de "los alemanes" como llamaban en la DINA a Colonia Dignidad, los esperaba un automóvil Mercedes Benz color celeste con dos alemanes en su interior, uno de ellos, el más viejo, parecía ser el jefe y lo llamaban "El Profesor". El prisionero fue subido a este vehículo y en seguida ingresaron todos al recinto. Fuenzalida no supo a qué sector llevaron a Vallejos, porque él entró a una casa grande y la víctima continuó con "El Profesor" y el Capitán (Fernando o Fernández). El Oficial llegó a los pocos minutos y

rato después "El Profesor", el que dijo "fertig" (en alemán: terminado) e hizo un gesto que el testigo entendió que el preso estaba muerto.

Al volver a Santiago notó que la ficha del "Loro Matías" había desaparecido del kardex de detenidos. Cabe señalar que el Oficial hablaba en alemán con "El Profesor".

El nombre de Alvaro Vallejos fue incluido en una nómina que se entregó a los medios de prensa en febrero de 1975, cuando la DINA montó una "Conferencia de Prensa" con cuatro detenido del MIR: Cristián Mallol, Humberto Menanteaux, Hernán González y Hernán Carrasco, los que fueron obligados a decir que el MIR estaba destruido y a la vez entregar públicamente los nombres de numerosos miembros de su Dirección, los que estarían muertos, detenidos, asilados, o fuera del país. Alvaro Vallejos figuraba como "exiliado". Esta "Conferencia" fue de responsabilidad del Mayor Pedro Espinoza Bravo, en esa época Jefe del recinto de la DINA conocido como Villa Grimaldi, y llevada a cabo por el Teniente Miguel Krassnoff y otros Oficiales de la DINA. Los cuatro militantes del MIR obligados a realizar esta operación habían sido detenidos a fines de 1974 y sometidos a interrogatorios y tortura sistemática. Después de participar en este montaje continuaron detenidos y meses después fueron dejados en libertad. Sin embargo, Menanteaux y Carrasco fueron detenidos nuevamente y aparecieron muertos, con sus cuerpos destrozados y claras huellas de tormento en un cerro de Buin.

Las autoridades en un primer momento negaron la detención de Alvaro Vallejos, pero después la reconocieron, por un Decreto Exento del Ministerio del Interior de fecha 10 de junio de 1974, pero al mismo tiempo informaron que había sido dejado en libertad por otro Decreto de fecha 29 de agosto del mismo año.

Su cónyuge debió salir del país por razones de seguridad. Durante largos años tuvo prohibición de ingreso a Chile.

### **GESTIONES JUDICIALES Y/O ADMINISTRATIVAS**

El 29 de mayo de 1974 se interpuso un recurso de amparo en su favor ante la Corte de Apelaciones de Santiago, rol 535-74.

Dieciocho días después informó el Ministro del Interior, General Oscar Bonilla, a la Corte que Alvaro Vallejos no se encontraba detenido por orden de alguna autoridad administrativa, ni se tenían antecedentes de su paradero. Esta respuesta está fechada el 17 de junio de 1974.

El 21 de junio se resolvió oficiar al Ministerio de Defensa, para saber si había alguna orden en su contra emanada de un Tribunal Militar. Este Oficio se reiteró en cuatro oportunidades durante los cinco meses siguientes, sin que se recibiera respuesta.

El 7 de noviembre de ese año, el Ministro del Interior, informó que el afectado había sido dejado en libertad según Decreto Exento de ese Ministerio N° 349. No se menciona fecha alguna, ni de arresto ni de libertad. Se agregó además en esta respuesta que esto "ya había sido informado a la Corte por Oficio N° 158 de fecha 17 de junio de ese año. Efectivamente el número de Oficio correspondía a la anterior respuesta del Ministro, General Cesar Benavides, pero no así su contenido.

Con el mérito de esta última respuesta, el 8 de noviembre de 1974, la 6° Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago resolvió rechazar el recurso de amparo y remitir los antecedentes al Juzgado del Crimen correspondiente, puesto que en el alegato el

abogado había señalado que el afectado continuaba desaparecido. Esta resolución fue apelada.

La Corte Suprema, para resolver la apelación, ordenó oficiar al Ministro de Defensa, haciendo presente que esta consulta se había reiterado en cinco ocasiones por la Corte de Apelaciones y no se había respondido. También ordenó al Ministerio del Interior enviar fotocopia del referido Decreto Exento N° 349 que hacía mención en su informe anterior.

El 22 de noviembre, la cónyuge de Vallejos dio cuenta a la Corte Suprema que el día anterior, 21 de noviembre, había sido informada en la Cruz Roja Internacional que el Secretario Ejecutivo de SENDET, Coronel Jorge Espinoza Ulloa, había remitido una respuesta oficial a ese organismo internacional indicando que Alvaro Vallejos se encontraba detenido en Tres Alamos. Ese mismo día se habían dirigido a las oficinas de SENDET a requerir información directamente y se les dijo que efectivamente el joven se encontraba detenido, pero no podían indicar el lugar donde permanecía recluido. Con estos antecedentes, se solicitó al alto Tribunal que ordenara de inmediato la comparecencia del afectado o la comisión de un Ministro o Fiscal de la Corte de Apelaciones.

Pese a estos nuevos datos, la Corte Suprema se remitió a dar por recibido el escrito y esperar las respuestas a las consultas formuladas a los Ministerios de Defensa e Interior.

El Ministerio de Defensa respondió que no tenía conocimiento de esta detención ya que no había sido denunciado a un Tribunal militar según había informado SENDET, por lo que había remitido la consulta al Ministerio del Interior. Este último, por otro lado, envió la fotocopia del Decreto Exento No.349 que disponía la libertad de Alvaro Vallejos. Estaba fechado el 29 de agosto de 1974 y dejaba sin efecto el Decreto Exento No.140 de esa Secretaría de Estado, de fecha 10 de junio de 1974 que había dispuesto su arresto. La fecha de detención que aquí se menciona, tampoco corresponde con los hechos, ya que el afectado había sido sacado del domicilio de sus padres por agentes de la DINA el 20 de mayo de ese año, veinte días antes que se dictara este Decreto.

Con estas respuestas y no obstante las evidentes contradicciones en la información entregada por las autoridades, incluyendo la primera respuesta del Ministro del Interior que negó su arresto, la sala de la Corte Suprema presidida por el Ministro Israel Bórquez confirmó la resolución apelada rechazando el amparo y se remitieron entonces los antecedentes al 7° Juzgado del Crimen para que se investigaran los hechos denunciados.

De esta forma, se inició en dicho Juzgado la causa rol 76.542, por la presunta desgracia de Alvaro Vallejos Villagrán.

Cumpliendo la orden de investigar emanada de este Tribunal, la policía de Investigaciones efectuó averiguaciones en SENDET, donde fueron informados que Alvaro Modesto Vallejos Villagrán había sido recibido "de la DINA" el 16 de julio de 1974 y había permanecido recluido en Tres Alamos hasta el 29 de agosto del mismo año, fecha de su libertad.

El 24 de febrero de 1975, su cónyuge interpuso una denuncia por la desaparición del afectado, la que fue acumulada a la causa que se tramitaba. En esta presentación se entregaron los antecedentes de la "Conferencia de Prensa" de los Miristas detenidos,

que se había efectuado ese mismo mes, donde se menciona al afectado como exiliado. Se solicitó, asimismo, reiterar Oficios de consulta a las autoridades en relación a este nuevo antecedente. Además, se pidió que los cuatro miristas fueron citados a declarar, lo que no fue acogido por el Tribunal.

Tres meses demoró en responder el Ministro del Interior, reiterando su libertad y manifestando que con posterioridad no se había dictado ninguna orden en su contra.

El Ministerio de Relaciones Exteriores demoró casi un año en enviar su respuesta y aunque aparecía fechada en julio de 1975, ésta se adjuntó al expediente el 31 de enero de 1976. En ella se indica que el afectado no figuraba como asilado. Esta información ya la había recibido el Tribunal en julio de 1975 a través de Extranjería, que indicó que Vallejos no figuraba como asilado, cuestionado o refugiado.

Luego de una última respuesta de SENDET, que afirma nuevamente que la víctima había sido liberado en virtud del Decreto de Interior de fecha 29 de agosto de 1974, el Tribunal resolvió cerrar el sumario el 13 de abril de 1976. Con esa misma fecha se dictó el sobreseimiento temporal de la causa, por no encontrarse acreditado la comisión de un delito en la desaparición de Alvaro Vallejos Villagrán. El 2 de julio de ese año la Corte de Apelaciones de Santiago aprobó dicho sobreseimiento.

El 29 de mayo de 1991, su hermana, Verónica Vallejos Villagrán, interpuso una querrela por secuestro ante el mismo Tribunal, (Rol 76.742), en la que se entregan los antecedentes conocidos con posterioridad en relación a la permanencia del joven estudiante de Medicina en la Colonia Dignidad y los testimonios de otros prisioneros en la casa de calle Londres 38 que estuvieron con la víctima. A diciembre de 1992 esta causa se encontraba en estado de sumario.

En el último tiempo en esta causa han sido encargados reos dos agentes, Osvaldo Romo Mena en noviembre de 1992 -el mencionado agente, quien vivía en Brasil con identidad falsa, en noviembre de 1992 fue expulsado de ese país y detenido en Chile- el otro agente es Fernando Gómez Segovia, quien tiene encargatoria de reo por cómplice de secuestro desde el 3 de diciembre de 1992.

Fuente: Vicaria de la Solidaridad

-----0-----

PF 1 de diciembre de 2000

### **Alvaro Vallejos, ejecutado en Colonia Dignidad El "Loro Matías"**

Le decían el "Loro Matías" -en alusión a un personaje de "Condorito"- por su nariz un poco encorvada y su baja estatura. El 20 de mayo de 1974 estaba en casa de sus padres. A las 20:30 horas llegó un grupo armado que se identificó como de la DINA. Lo encabezaba Osvaldo Romo.

Alvaro Modesto Vallejos Villagrán había cumplido 25 años en abril. Los agentes lo amenazaban diciendo que "no soportaría la tortura", aludiendo a su delgada contextura que no revelaba la energía de este joven que repartía su tiempo entre su

carrera de medicina en la Universidad de Chile, su esposa e hijo, y su militancia en el MIR. En la clandestinidad trabajaba con el periodista Augusto Carmona ("Oslo", miembro del Comité Central del MIR).

Los efectivos de la DINA ordenaron a la familia ubicarse en distintas habitaciones para interrogarlos. Después de un rato, esposaron a Alvaro Vallejos y se lo llevaron en una camioneta Chevrolet al recinto de la DINA en Londres 38.

María Luisa Villavicencio, la esposa, se fue a casa de un hermano. Hasta ese lugar llegaron más tarde los agentes y, luego de interrogar a los dueños de casa, se la llevaron detenida. En Londres 38 se dio cuenta que la querían para presionar a su marido. Los agentes dijeron que si Alvaro Vallejos hablaba, se comprometían a sacarla del país. Les vendaron la vista y en medio de golpes fue vejada, amenazada e insultada. Sin lograr sacar palabra al "Loro Matías", devolvieron a su esposa a casa de sus suegros, bajo arresto domiciliario.

Días después, el "guatón" Romo y su comitiva allanaron ese domicilio llevándose todo lo que había de valor. Fueron a buscar a su hermana Verónica, de sólo 14 años, a quien obligaron a acompañarlos hasta la casa de Alvaro Vallejos. Un mes después, los mismos agentes terminaron de saquear lo que quedaba en la casa, llevándose hasta maletas y ropa.

### **En terrenos de la DINA**

Numerosos prisioneros que lograron salvar con vida de Londres 38, vieron a Alvaro Vallejos Villagrán en pésimas condiciones. Pero señalan que nunca lograron quebrarlo y que no delató a nadie.

Raimundo Elgueta Pinto, quien se encontraba detenido desde el 6 de mayo del 74, fue testigo que Vallejos fue llevado tres veces, en un mismo día, a largas sesiones de tortura. La última vez que lo vio, el 30 de mayo, estaba con sus piernas inmovilizadas producto de la electricidad y los colgamientos. Le señaló que de no hablar lo matarían en los siguientes interrogatorios, dirigidos por Osvaldo Romo.

A fines de junio, Vallejos y otros tres presos fueron trasladados a Cuatro Alamos. Cuando volvieron a Londres 38, recibieron el apodo de "los 4 alamitos", según contó Cristián Van Yurick. Dice que él fue confinado en una pieza separado del resto y que el "Loro" se acercó con frazadas y lo tranquilizó.

Graciela Mathieu Loguercio llegó a ese recinto de la DINA en la medianoche del 15 de julio. Cuenta que Alvaro Vallejos interpelaba a los agentes diciéndoles que eran utilizados como verdugos. Era uno de los pocos que no demostraba miedo a sus captores, lo que le valió el respeto de esos sujetos. Patricia Barceló, detenida aproximadamente el 23 de julio, dice que Alvaro hacía sonar los tacos, decía chistes y se permitía caminar por la pieza. Al resto no se lo permitían, pero la valentía y entereza del joven estudiante se impuso a sus captores.

El 29 de julio del 74, Alvaro Vallejos fue llevado por agentes a casa de sus padres, indicándosele que quedaba en libertad y debía ir a firmar a Carabineros de Maipú cada tres días. Sin embargo, a los quince minutos, volvieron unos 15 agentes con gran despliegue de armas. Exhibieron a su padre, un suboficial mayor del ejército en servicio activo, sus credenciales (Tifas), diciendo que lo llevarían a firmar y regresaba.

A fines de julio, varios detenidos de Londres 38 fueron trasladados a Cuatro Alamos, entre ellos Alvaro Vallejos. Permaneció poco tiempo en ese lugar, a principios de agosto fue llevado a Colonia Dignidad, según declaró el ex agente de la DINA, Samuel Fuenzalida Devia.

### **Camino al enclave aleman**

Fuenzalida Devia confesó que acompañó al capitán de ejército, Fernando Gómez Segovia, a Cuatro Alamos a buscar a un preso que recordaba por su sobrenombre: "Loro Matías", bastante conocido entre los agentes de la DINA. Sabía que era hijo de un suboficial de ejército y, según vio en los kárDEX de la DINA, estaba destinado a "Puerto Montt". Ese término indicaba que el preso sería asesinado; otro término, "La Moneda", se usaba para indicar lo mismo, pero tirándolo al mar.

Alvaro Vallejos fue esposado y, al ver que sería trasladado, pidió llevar sus cosas. El capitán Gómez contestó que no las iba a necesitar. Antes de partir le pusieron scotch en los ojos y lentes oscuros. En una camioneta Chevrolet partieron a Parral, donde la DINA utilizaba una casa comprada por los alemanes.

En el cruce a Catillo, antes de llegar a su destino, se cruzaron con una camioneta con civiles, con quienes intercambiaron santo y seña. El capitán Fernando Gómez se bajó y cuando quedaron solos, el "Loro Matías" le dijo a Samuel Fuenzalida que tenía la impresión que lo llevaban a un lugar donde ya había estado, porque era el mismo camino.

Después de pasar por Parral, fueron al recinto de los "alemanes", como llamaban los de la DINA a Colonia Dignidad. Los esperaba un automóvil Mercedes Benz, color celeste, con dos alemanes. A uno lo llamaban el "Profesor", era Paul Schäfer; lo acompañaba su fiel colaborador, Gerhard Mücke.

El prisionero fue subido a este vehículo e ingresaron a la Colonia Dignidad. Fuenzalida no supo a qué sector llevaron a Alvaro Vallejos, porque él entró a una casa grande y el "Loro" se fue con el "Profesor" y el capitán Gómez Segovia, quienes hablaban en alemán. El oficial regresó a los pocos minutos y rato después llegó el "Profesor". "Fertig", dijo Schäfer (en alemán: terminado), e hizo un gesto dando a entender que el preso había muerto.

Cuando volvió a Santiago, Fuenzalida notó que la ficha del "Loro Matías" había desaparecido de la DINA.

En febrero de 1975, el mayor Pedro Espinoza Bravo, en esa época jefe de Villa Grimaldi, y el teniente Miguel Krassnoff y otros oficiales de la DINA, montaron una conferencia de prensa con cuatro detenidos del MIR: Cristian Mallol, Humberto Menanteaux, Hernán González y Hernán Carrasco, quienes fueron obligados a decir que el MIR estaba destruido. Entregaron los nombres de numerosos miembros de su dirección indicando la situación en que se encontraban. Alvaro Vallejos figuraba como "exiliado"

ANA MARIA OLIVARES

-----0-----

## En busca de eso que llaman justicia

El caso del "Loro Matías" ha provocado revuelo porque revela las estrechas relaciones de los aparatos de seguridad de la dictadura con los colonos alemanes. El año pasado Verónica Vallejos interpuso una querrela por el secuestro de su hermano ante el juez Juan Guzmán, patrocinada por el abogado Francisco Bravo.

El Consejo de Defensa del Estado se integró como parte en esta causa, que ya tiene como primer procesado a Gerhard Mücke, detenido a principios de septiembre. El otro implicado es el ex oficial Fernando Gómez Segovia.

Esta acción judicial no realiza. Desde el detención de Alvaro familiares hicieron todo paradero. El 29 de interpuso un recurso de rechazado por la Corte Israel Bórquez.

Los antecedentes Juzgado del Crimen, 13 de abril de 1976, sobreseimiento El 2 de julio de ese año, aprobó el señora María Luisa de Chile por razones de años tuvo prohibición

Verónica Vallejos por secuestro. Se testimonios de vieron en centros de detención y la información del ex agente de la DINA, Samuel Fuenzalida. En noviembre de 1992, fueron encargados reos los agentes Osvaldo Romo Mena, y Fernando Gómez Segovia.

El traspie surgió con la justicia militar que pidió "investigar" el caso. En corto tiempo, el caso en manos de la justicia militar, fue "investigado" y amnistiado. Ahora las esperanzas están puestas en el juez Juan Guzmán Tapia



es la primera que se momento de la Vallejos, su esposa y lo posible por ubicar su mayo de 1974, se amparo, que fue Suprema, presidida por

fueron remitidos al 7° que cerró el sumario el dictándose temporal de la causa. la Corte de Apelaciones sobreseimiento. La Villavicencio debió salir seguridad y durante de ingresar al país. El 29 de mayo de 1991, interpuso una querrela entregaron los prisioneros que lo

## ¿QUIÉN DEFIENDE LA RETIRADA?

**In Memoriam,  
Diana Aron y Alvaro Vallejos,  
militantes de la resistencia contra la dictadura militar en Chile, detenidos  
desaparecidos desde mediados de 1974  
Renard Betancourt M**

**(Yugoslavia, abril de 1999, al sur de Djakovika)**

La joven ha seguido la columna de refugiados albanokosovares a lo largo de varios kilómetros de carretera viniendo de Pristina. Está francamente consternada por lo que ha presenciado. Ahora sabe a ciencia cierta lo que el hambre, la sed y el miedo pueden hacer de una masa humana desesperada. En pocos días, desde su llegada al aeropuerto de Pristina proveniente de Tirana, su visión de la vida y del mundo ha sufrido una violenta conmoción. Desde esta nueva perspectiva le parece irreal el curso normal de la existencia que lleva en su país natal, Suecia, y los relatos de su madre referidos al pasado en Chile y a la participación de ella y su padre en la resistencia contra la tiranía se le vienen como una sombra a la memoria. A pesar de todo, sin embargo, no siente el menor asomo de arrepentimiento por su decisión de postergar durante unos meses la presentación de su tesina en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Lund, pequeña ciudad donde ha transcurrido su vida. Está decidida a corroborar con hechos la veracidad de las afirmaciones sostenidas en su trabajo académico.

En pocos días ha llegado al convencimiento de que su tesis carece de la importancia que ella misma le había atribuido. Su vida, sus sentimientos, han sufrido un vuelco y la visión de los niños desvanecidos en brazos de sus padres o, peor aún, vagando solitarios en medio de la columna humana, no hace sino reafirmar su abominación hacia los detentadores del poder y sus maniobras para conservarlo o acrecentarlo. Sabe que aún restan muchos kilómetros para alcanzar la frontera albanesa y sólo siente impotencia y desazón ante el espectáculo que la rodea. Camina casi ciegame, confundida en la multitud, dejándose llevar por el tumulto, escuchando los lamentos y gemidos proferidos en una lengua que le es ininteligible. Con los ojos entrecerrados sigue andando. El sabor seco de la tierra y el polvo se le pega a los labios, a la piel de la cara y de las manos crispadas. Repite, palabra por palabra, como si orase, la nota que ha escrito en su cuaderno de apuntes antes de dejar atrás la ciudad yugoslava de Djakovica:

"Esta es la semblanza muda de finales del siglo. La imagen de lo que verdaderamente hemos llegado a ser: una horda humana desesperada tras una hogaza de pan. Manos trémulas, miradas acuciadas por el hambre y el terror. Rostros desencajados por la fatiga. Este es el verdadero horizonte que deja ver el final de un siglo que prometió un mundo mejor. Aquí asistimos al espectáculo real de lo que la humanidad en cien años ha logrado hacer de sí misma..."

Siente bajo sus pies el roce quemante de la dureza del camino. Tropieza, está a punto de caer, con gran esfuerzo logra equilibrar sus pasos, siente que la empujan, cree que desfallecerá de un momento a otro. Va a dar otro paso cuando sus ojos reparan en la figura vacilante que avanza delante de ella. Haciendo uso de toda la energía que le resta, logra contener el impulso de la muchedumbre que viene tras ella y abrir un espacio de protección para el pequeño, luego se precipita logrando situarse a su lado en el preciso instante en que éste se derrumba. Se trata de un niño de cuerpo esmirriado, sucio y famélico. Ella grita airada, primero en sueco, después en inglés, finalmente maldice en chileno tal como acostumbra hacer su madre en momentos de ira. Pide ayuda, socorro, un gesto de conmiseración para que el mocosito no sea arrollado por el avance de la multitud. Alguien se lo pone en los brazos. Durante un momento ella abandona la columna, busca la mirada del pequeño pero los ojos de éste devuelven una visión extraviada y en su rostro pálido sólo es posible leer una sombra. La única claridad en esa cara es la del blanco de los ojos acuosos. La muchacha le pasa los dedos por el pelo y el dorso de la mano

por la piel áspera de las mejillas, mientras el niño permanece ajeno. Después, estrechándolo contra su pecho, la mujer se reintegra a la marcha y mientras sigue avanzando en medio del gentío vuelve a mirarlo en los ojos, tratando de descubrir en ellos una señal, un atisbo del contenido horror que lo embarga. Súbitamente la joven recuerda y extrae del pequeño bolso que cuelga de su hombro la armónica que su madre le ha pedido lleve consigo y antes de ponérsela al niño entre las manos sopla levemente entre las hendiduras tratando de atraer su atención, pero él permanece inmovible. Sin embargo, cuando ella se la extiende, esboza un imperceptible gesto que ella interpreta como de agradecimiento.

Horas después, agobiada por la caminata, el calor y el peso que lleva sobre sí, la joven advierte la agitación que bulle entre quienes la rodean y sigue con los ojos la dirección que indican, entre gritos y expresiones de alegría, las personas en su derredor. Es el atardecer y en el cielo manchado de tonos rojizos es posible ver los aviones cazas progresando a baja altura. Ella permanece serena, todo indica que son bombarderos occidentales rumbo de objetivos militares yugoslavos.

Se sorprende cuando adelante, hacia la cabeza de la columna, el gentío corre despavorido saltando hacia la vera del camino y queda paralizada en el momento en que, siempre adelante, a una treintena de metros, hay una súbita llamarada anaranjada seguida de una violenta explosión. A su vez, presa del miedo, corre hacia los peñascos más allá de la carretera, se agazapa y cubre con su cuerpo el cuerpo del niño. No siente la nueva descarga, ni ve esta vez llamarada alguna, ni siquiera percibe las esquirlas mordiéndole la piel y la vida.

**(Santiago, Chile, finales de 1974)**

-¡Cubre la otra ventana o estamos perdidos!- ha gritado Matías haciendo fuego. Uno no camina sino hacia el final de su sangre, pienso, intentando armarme de valor. Pero el estruendo y el martilleo de las armas y el zumbido de las balas impiden que logre concentrarme en el significado del pensamiento que acabo de articular en mi mente. Se me va en parte la conciencia hacia un territorio lejano y borroso y, por otra, responde mecánicamente a las exigencias apremiantes de la realidad inmediata. Me veo deslizándome por la habitación desordenada y en sombras, sorteando los muebles y resbalando sobre los vidrios molidos en el piso; y a la vez me veo en otro tiempo y en otro lugar, inmerso en sucesos cotidianos y remotos.

Sin embargo, tengo plena conciencia de los graves e irrevocables hechos en los cuales estoy involucrado, aprisiono con decisión el arma entre las manos y me desplazo con agilidad de un punto a otro de la habitación, parapetándome tras un muro, una mesa volteada, un sillón, o atisbando hacia el exterior, hacia la noche, y lanzando una ráfaga en dirección a las siluetas de los soldados que logro adivinar más allá del pequeño antejardín, en la calle.

Pero otra parte de mí me llama insistentemente a permanecer inmóvil y ensimismado, huyendo hacia una realidad íntima y secreta.

El suelo se estremece. Qué ganas de fumar, pienso, a la vez que palpo el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la camisa. Me tomaría unos minutos, un intervalo entre disparo y disparo, pondría en orden mis emociones, los pensamientos, esbozaría un plan de retirada. Pero ahora lo importante, lo único importante, es que los otros hayan logrado salir antes que el cerco se cierre. Uno no camina sino hacia el final de su propia sangre y de sus propios pasos. Entre el tiempo y el espacio que va de la vida a la muerte, en ese breve interregno, no debo permanecer aturdido por la

brutalidad de los acontecimientos, el estruendo enloquecedor. Ni el pánico ni el latir cada vez más acelerado de la sangre en mis sienes deberá adormecer mis sentidos; debo moverme con cautela, pero rápida, felinamente, como un gato negro en la oscuridad.

Desde los primeros disparos, el estruendo no ha cesado. Es como si súbitamente desde el fondo de la noche alguien hubiese echado a andar una maquinaria infernal y alucinante.

Tal como estaba previsto, los otros han salido luego de la primera escaramuza. Seguro que habrán logrado ganar la calle, alejarse rápidamente. Quedamos Matías y yo.

Pienso que ha sido una enorme desgracia el que nos hayan detectado. Una casa confundida entre muchas otras iguales, un barrio de viviendas modestas donde nada distingue unas de otras, en medio de calles grises, hundidas en un letargo rutinario e inmovible.

Alguien, quizás uno de los enlaces, debió caer y entregar una pista, una señal. O algún cabo suelto se nos quedó de la madeja clandestina.

Es raro, me apremia sobre todo la extraña ansia de ver despuntar la claridad del nuevo día y, sin embargo, sé que la oscuridad será nuestra mejor defensa, tal vez nuestra única oportunidad. Aún es la noche, oscura y fría.

Me quedan tres cargadores repartidos en los bolsillos del pantalón, eso me da alguna certidumbre. Sé que debemos retroceder hacia los dormitorios y recoger la bolsa con granadas, pero extrañamente siento que se está bien así: a unos pasos del corredor, al abrigo de la penumbra, en actitud alerta, atento a los movimientos que acontecen afuera. Además, desde aquí es posible dominar con la mirada la sala, una parte del pequeño jardín, una banda de la calle al mismo tiempo que los primeros tramos de la retaguardia. Nuevas descargas. El estrépito se reanuda. Voces guturales. El grito de una mujer en una casa vecina -estarán copando las casas adyacentes- y el crujido del vidrio que se astilla bajo mis pasos.

Se produce una explosión ensordecedora, me zumban los oídos y de golpe parece ser un mediodía agitado y fantasmagórico. Han comenzado a lanzar granadas y una esquirla me arranca piel del rostro porque sangro copiosamente. Lo más probable es que todo esto, a partir de ahora, sólo sea cuestión de minutos, todo lo más un par de horas, pero hemos cumplido el cometido de defender la retirada y hace ya rato que los otros han abandonado la casa.

De golpe los segundos comienzan a resultar eternos. Así, después de resbalar, enredándome entre los muebles despanzurrados, trastabillando sobre el vidrio molido, a tientas, logro inclinarme y sentarme en el suelo apoyando la espalda en la pared. Tomo aliento, me duele el pecho. Trato de ordenar un par de ideas. Tengo el arma en las manos. Fijo la mirada en la oscuridad que nos envuelve tratando de traspasarla. Finalmente logro vislumbrar a Matías parapetado en la ventana. Veo las enormes llamas en la cocina. Y aún no desespero.

Durante unos segundos dejo que el peso de plomo de mis párpados me rinda y cubran mi visión, a la misma vez que trato de respirar profundamente. Pero no, el dolor en el pecho.

Es en ese instante cuando me llega la voz de Matías deformada por los otros ruidos y me llega como un eco vago, apenas audible en medio del ajetreo infernal.  
- ¡Cubre la otra ventana o estamos perdidos!

Con un esfuerzo inmenso abro los ojos para escudriñar a un Matías espectral haciendo fuego en la ventana y me orino allí, exhausto, sintiendo el líquido caliente que me baja por los muslos, las piernas, los tobillos. Pero todo eso no es más que algo nimio que ocurre en un instante incrustado en un espacio de tiempo mayor. El ajetreo, la balacera, Matías gritando, el humo. Por la ventana una banda oscura de cielo, porque aún es la noche. Y Matías grita. Lo hace una y otra vez.

- ¡La ventana. Cubre la ventana o nos joden!

¿Acaso Matías no se da cuenta que estamos perdidos o prefiere no darse cuenta? Está desesperado, francamente desesperado. ¿O es su peculiar manera de encarar la hora de los últimos gestos? Y de pronto ya no se dará cuenta de nada porque ha caído de espaldas, acribillado, y yace inerte mirando más allá del humo y la balacera.

Tendré que levantarme y hacer un último esfuerzo.

Titubeo, doy un traspié antes de alcanzar el corredor. Sé que todo mi esfuerzo a partir de ahora debe concentrarse en iniciar la retirada, los otros ya han tenido tiempo de escapar al cerco. Debo ir hacia el patio posterior, saltar la pandereta del fondo y luego sortear los escollos. Repeler las emboscadas, hallar un punto que me permita acceder a alguna de las calles laterales, alejarme..., es decir, llevar a cabo una tarea imposible.

Hay llamaradas en diversas zonas de la casa. El frontis está siendo devorado por el fuego, la techumbre. Dentro de poco toda la casa será una enorme fogata. Trastabilleo por el pasillo buscando la última puerta que conduce al patio, antes he irrumpido en la segunda habitación para tomar el bolso. El cuarto está saturado de gas lacrimógeno y humo. Vuelvo sobre mis pasos, y al momento de encaminarme hacia la salida posterior -sin haber podido recuperar el bolso-, en medio de los resplandores y el crepitar creciente del fuego, enfrento la puerta abierta del baño y vislumbro en su interior, sobre el lavatorio, la silueta fugaz de un hombre de rostro sangrante reflejada en la luna trizada del espejo. Tiene una herida que le cruza la mejilla izquierda y en sus ojos es posible leer una mezcla de miedo y consternación. Ese hombre soy yo. Me estremezco al reconocermé súbitamente envejecido y estupefacto. Quedo durante un instante alelado e inmóvil, mirándome fijamente a los ojos, como si el sostener mi propia mirada pudiese cambiar el estado de cosas circundante.

Otro destello seguido de una nueva explosión me enceguece, luego un interludio de oscuridad y nuevamente la estupefacción del rostro perfilándose como un espectro en el espejo.

**(Varsovia, Ghetto, mayo de 1943)**

Su rostro se ha dibujado en el espejo del botiquín de lo que alguna vez fue un cuarto de baño. Se contempla con un dejo de sorpresa, piensa que es como estar en presencia de un viejo amigo que no ha visto en mucho tiempo. Pero el haz de luz a sus espaldas lo sustrae de ese raro artificio y gira el cuerpo para seguir con la

mirada la luz de la linterna que tiene la mujer en la mano. Salvo el leve crujido de sus pasos, lo demás es silencio.

Durante tres noches han transitado de un extremo a otro la extensión del territorio del ghetto en busca de alimentos y posibles sobrevivientes aislados. Están exhaustos. Luego de la caída de la última luz del día han salido de entre los escombros donde se guarecían, y dando un rodeo en torno a la manzana de edificaciones derrumbadas han encontrado ese caserón semidestruido por los bombardeos y las incursiones alemanas. Se han internado en lo que queda de él inspeccionando un posible hallazgo entre las ruinas.

Ana va al frente llevando la linterna; él se limita a seguir sus pasos, a los tumbos y casi sin aliento.

Es después de trasponer el quicio de lo que fuera una puerta y de asomar la cabeza hacia ese recinto más oscuro aún que el resto de la estancia desmantelada y de sentir el fuerte olor a ceniza y herrumbre cuando se ve a sí mismo en la claridad súbita del espejo. Pero la imagen sólo ha permanecido un instante flotando sobre el cristal porque el haz de luz se ha desviado a sus espaldas en otra dirección.

La visión fugaz de su propio rostro, el contemplar su propia imagen envejecida y cansada (¿cuánto tiempo hacía que no se veía a sí mismo?) le pareció un nuevo golpe, una nueva forma de constatar la desgracia que los persigue y acosa. Aunque también ya hacía mucho tiempo que nada podía resultarle sorpresivo y mortificante. Desde la invasión alemana, desde la reclusión forzada de los judíos en ese segmento de la ciudad, desde que llegaron las primeras noticias de la existencia de los campos de exterminio y el gaseo, desde su convencimiento que debían resistir, levantarse con lo que tuvieran a mano, porque de cualquier forma los iban a matar, porque era indigno dejarse asesinar como ratas. Desde que se convenció que aún en las condiciones más infrahumanas de existencia siempre hay quienes se niegan a ver y reconocer la realidad y prefieren esperar.

Desde que un primer grupo inició la resistencia a las tropas de ocupación y desde que los alemanes comenzaron el bombardeo sistemático sobre el ghetto conjuntamente con las incursiones de la infantería, los tanques y los lanzallamas. Desde que comprendió que amaba a Ana pero vivían moviéndose de un lado a otro, de una madriguera a otra, a salto de mata, siempre en pequeños grupos.

Y ahora están los dos solos, desde el final de la noche anterior, porque habían caído en una emboscada y sobre la marcha han optado por separarse para no dar un blanco fácil y así intentar eludir al enemigo y aumentar las posibilidades de sobrevivida.

La visión de su rostro reflejada en el espejo lo ha terminado de extenuar. El cristal, sin embargo, no ha hecho nada más que devolver la imagen de su propia desventura encarnada en sus facciones, en sus ojos hundidos en las cuencas, en los labios resecos, en la barba hirsuta, roja y entrecana, en el pelo crecido y sucio.  
- No doy más. Estoy rendido. Descanemos un momento.

Ha dicho David en un susurro, dejándose caer, resbalando la espalda a lo largo de un muro roto.

Ella asiente en silencio, apaga la linterna y se inclina hasta quedar sentada junto a él, pero antes le recuerda que no tienen mucho tiempo, un par de horas, quizás tres, para llegar al punto de reunión acordado.

- Tenemos todo el tiempo del mundo - repone él adivinando la sonrisa que ella ha esbozado en la oscuridad al escuchar sus palabras, porque juntos han aprendido que todo el tiempo del mundo pueden ser unos minutos o la eternidad.

Durante un rato se dejan ir en una duermevela que es sopor, vigilia, agotamiento y tensión. Han cerrado los ojos. El silencio es profundo. Es él quien se obliga a permanecer con los párpados abiertos al cabo de no sabe cuánto tiempo transcurrido porque, de pronto, presiente que la eternidad no tardará y porque ha experimentado una extraña angustia al sentir la cabeza de ella apoyándose en su hombro y ha querido entender que el aliento suave y tibio que le humedece la mejilla es una extraordinaria manifestación de ternura, desesperación y anhelo de vivir.

Permanece inmóvil gozando secretamente de esa tregua en medio de la zozobra. Recorre con la mirada el lugar hasta adivinar la rajadura ancha en la techumbre desfondada y vislumbrar un cielo que transcurre lento sobre sus cabezas y sobre la tierra. Intuye el paso lento de las nubes bajo la inmensidad del firmamento y espera con contenida ansiedad el rasgarse súbito de esa espesura algodonosa que durante un momento le deja ver el calor remoto de un enjambre de estrellas. No ha sido más que un instante el tiempo en que sus ojos logran capturar la visión de esos puntos luminosos y lejanos, pero siente que la fugacidad sideral de esos soles le brindan un mensaje irreductible. A su boca entreabierta llega el sabor acre de sus propias lágrimas y un estremecimiento frío le recorre el cuerpo. Lenta, cuidadosamente, se lleva una mano al bolsillo de la chaqueta de cuero para extraer la vieja armónica que acerca a los labios.

El sonido, apenas audible, que David extrae del instrumento devuelve a Ana a la realidad de la vigilia, y él tiene precisa conciencia que ella ha decidido no retirar la cabeza de su hombro. Tampoco se sorprende cuando ella comienza a acariciarle el rostro y a seguir con sus dedos las líneas aguzadas de sus facciones. El aleja la armónica de sus labios y en cambio los estrecha hacia el beso que ella le ofrece en la penumbra.

Días después él recordará las palabras de Ana al momento de abrazarse: "Todavía tenemos todo el tiempo del mundo para nosotros". Y ni el sonido del millar de botas enemigas resonando entre los cascajos del ghetto, ni el ruido estridente de las orugas de los tanques remontando las colinas de escombros lograrían remover el eco de esas palabras de su mente. Tampoco pierde la serenidad, larga y dolorosamente aprendida, cuando el último puñado de resistentes decide separar de entre sus miembros a las tres mujeres sobrevivientes -Ana entre ellas- y a la decena de niños y adolescentes y acometer una emboscada de distracción contra las fuerzas de ocupación con el fin de permitir su huida del ghetto mediante un último enlace posible con la resistencia externa.

Los acontecimientos se suceden con rapidez y el grueso de la soldadesca -ante la andanada de molotovs que les cae encima-, se interna por el laberinto de escombros a la siga de los insurrectos.

Momentos antes de iniciar la escaramuza, al separarse, David mira en los ojos de Ana y retiene sus manos en las suyas. La besa brevemente antes de entregarle la armónica, que ella coge en silencio.

Luego de iniciado el combate hay una seguidilla de carreras precipitadas, un ir y venir entre los túneles y vericuetos de las edificaciones destruidas, un escuchar las explosiones cada vez más próximas y un escapar al infierno cada vez más cercano de los lanzallamas.

Finalmente, el David que emerge de entre el túmulo de ladrillos y maderos quemados en lo que alguna vez había sido una encrucijada de dos avenidas en el casco viejo de la ciudad y se planta de cara al pelotón de soldados empuñando una piedra en la mano levantada, ese hombre, no es un hombre fuera de sí, sino más bien un hombre consciente de haber llegado al final del tiempo de sus pasos y de su sangre sobre la tierra.

**(Santiago, Chile, finales de 1974)**

Recorrer el pasillo hasta el final, cruzar el patio parapetándome tras los pilares del parrón, avanzar en zig-zag hasta la muralla del fondo. ¿O será mejor la muralla de la izquierda? Seguir avanzando, saltar el muro, cruzar la casa vecina y otra y otra, cambiar de dirección, ganar una de las calles laterales. Todo necesariamente antes de la llegada de la primera luz del amanecer.

Siento la sangre seca en la cara. El pasillo es la eternidad. Tengo a mi favor las sombras y el hecho de que no saben que estoy solo. No pueden saber que Carlos, María, (ay, María) y Humberto están lejos de la casa. Y otro factor juega en mi favor: la bolsa con granadas. Dentro de poco la habitación estará totalmente abrasada por las llamas, la explosión será feroz y les causará pánico. Serán segundos, tal vez minutos preciosos para intentar la huida.

¿Y ese ruido?, un zumbido que se acerca, un motor. ¿Aspas? El rotor de un helicóptero. Ya me parecía extraño que no hubiese llegado antes. Gritos. Voces. Disparos. El final del pasillo, la puerta, la frescura del aire, la oscuridad de la noche en el patio, el parrón (en la calle se escucha ruido de camiones pesados), mi carrera, el arma firme en la mano, otro pilar, de refilón el cielo, un techo de nubes. ¿Hacia el muro de la izquierda? No. Gritos, voces, puertas violentamente sacudidas. Un tiro, otro tiro. ¿El muro hacia la derecha? Otro grito de mujer, un llanto de niño, correr hacia lo más oscuro del patio, ganar el muro del fondo. El crujido del motor, las aspas zumbando, el bulto ahí, cerca, arriba, en un aire enrarecido por la refriega. El ladrido de los perros, ruidos también al fondo, del otro lado, carajo, no importa. Ganar como sea la muralla del fondo, saltar. Carlos, María (ay, María) y Humberto estarán lejos. La explosión en la casa, las llamas a mi espalda. Súbitamente más luz, una luz potente, enceguecedora. ¿El amanecer? No, un reflector en la proa del helicóptero. Mi ráfaga hacia la luz amarilla, las voces del otro lado del muro, puteadas, el ladrido de los perros, la luz, mis pasos, los últimos pasos, el impulso. Eso, el impulso para saltar, antes, un segundo antes, y la mirada al cielo, arriba, muy arriba, más allá de las llamas, más allá de la luz, más allá de las aspas y el rotor. Arriba, entre nubes, un enjambre borroso de estrellas. La luz feroz encandilándome. Carajo. El muro, mi salto, mi dedo oprimiendo el gatillo, la ráfaga, mi ráfaga, mi rostro en la cresta del muro, otra ráfaga, ajena, enemiga, la caída y el fin de mi sangre y de mis pasos. Todo el tiempo del mundo en un segundo. Ay, María.

\* \*

Han saltado la muralla del fondo de la casa y atravesado los sitios de tres casas colindantes antes de alcanzar la calle lateral. Humberto corre abriendo la marcha y Carlos a unos metros tras ella cuando el eco de los tiros y las detonaciones comienza a acrecentarse.

El estruendo del combate no parece conmover a los habitantes de las viviendas vecinas porque en ninguna ventana se ven luces encendidas. Pero no es difícil adivinar la curiosidad y el temor emboscado de numerosos ojos atisbando en la oscuridad tras las cortinas corridas.

Mientras avanzan en silencio, María se muerde el labio inferior conteniendo el sollozo que una y otra vez le sube por la garganta. Hubiese querido volver sobre sus pasos, pero sabe que los hechos están consumados y la poderosa explosión que sorpresivamente la arranca de sus pensamientos no hace sino confirmar sus temores. Bruscamente frena la marcha volviendo el rostro para vislumbrar las altas llamas que emergen algunas cuerdas atrás, sobre los tejados. Con suavidad e insistencia sus acompañantes la conminan a reanudar sus pasos, haciéndole ver además la cercanía del helicóptero que evoluciona en la oscuridad de la noche en dirección al incendio y los disparos.

Al cabo de algunos días, luego de diversos episodios y eludiendo sucesivos cercos tendidos por las fuerzas represivas, los tres prófugos encuentran precario refugio en una institución de iglesia, después de lo cual, ya sin otra opción, deben acceder al ofrecimiento de asilo de la embajada sueca.

Pasados tres meses de encierro en la legación nórdica, María finalmente asciende la escalerilla que la conduce a la aeronave en la cual abandonará el país. Es la mañana de un día gris del mes de marzo de 1975. Antes de introducirse en la cabina echa una última mirada a los contornos de la ciudad deslavados por la niebla y el smog. Su mirada se pierde más allá del paisaje y sus ojos traslucen abatimiento y amargura. En la mano empuña la armónica que le ha obsequiado el padre de la criatura que comienza a sentir en su vientre y no puede evitar recordar el cuerpo y el rostro de su compañero acribillado a balazos al pie de la muralla aparecido en la prensa al día siguiente del enfrentamiento. Parpadea hacia la claridad de mercurio del cielo encapotado y por vez primera en mucho tiempo comienza a llorar.

**(Kukes, Albania, campo de refugiados albanokosovares, abril de 1999)**

Jean Marie González, franco-español, corresponsal free lancer, deja que el peso de la cámara fotográfica sea sostenido por la correa pendiente de su cuello para así quedar con las manos libres y encender un cigarrillo. Observa en derredor el campo erizado de tiendas de campaña y a la muchedumbre de refugiados yendo y viniendo en una agitación febril. En torno reina el caos. Médicos y asistentes corren de un lado a otro portando bolsas plásticas con suero, plasma y enseres sanitarios.

Durante horas ha recorrido el campamento a la caza de imágenes que pudiesen justificar y compensar su presencia en el lugar, pero sabe fehacientemente que ya en los medios de comunicación de todo el mundo circulan las fotos y videos de heridos, enfermos, torturados, mujeres y niños llorando, hombres y mujeres hambrientos. Comienza a reprocharse el no haber arribado antes a la zona del conflicto.

Siente en la cara el aire tibio cargado de polvo, tira el cigarrillo a medio fumar, aplastándolo con fuerza en la tierra parda y echa a andar internándose hacia el gentío y las tiendas.

Al cabo de un rato ha tomado una nueva veintena de fotografías, seguro de no haber cazado nada realmente extraordinario. Es entonces cuando lo ve. El niño se halla sentado sobre la enorme rueda rota al costado de un camión viejo y destartalado, tiene los ojos fijos en una lejanía que traspasa el entorno, más allá incluso de las montañas rojizas que coronan el horizonte, y su cuerpo tiembla ligeramente. El periodista trata de calcular su edad. ¿Ocho, diez, doce años? Pero algo en su rostro desencajado, una sombra huidiza, el rictus triste en la comisura de los labios, habla de una ancianidad difusa e ineluctable. Por un momento el hombre rechaza su primer impulso de obturar nuevamente, pero entonces repara en el objeto metálico que el niño aprisiona con desusada fuerza en una de sus manos. Tal vez ha sido un rayo de sol el que ha reverberado sobre el metal, llamando su atención. Instintivamente, oprime el obturador una y otra vez, acciona el zoom acercando la lente a los ojos del pequeño, al conjunto del rostro, hacia la mano empuñando el objeto, y luego cambia una y otra vez de posición para encontrar el ángulo preciso. Sigue obturando, entusiasmado.

Cuando el niño de pronto se lleva el objeto metálico a los labios, el periodista comprende que se trata simplemente de una armónica. Un niño y una armónica. Un niño y una armónica en medio de la guerra. El hombre imagina las sucesivas imágenes capturadas y ahora tiene la certeza de que, después de todo, su viaje no ha sido en vano. La inversión y su tiempo están justificados. No escucha, sin embargo, la nota que el pequeño ha logrado extraer del sencillo instrumento. Es una nota aguda, suave, lacerante.

-----0-----

**«¿Quién defiende la retirada?» fue escrito por Renard Betancourt M. en Santiago de Chile, en octubre de 1999, y ganó el Premio Juan Rulfo 1999 Radio Francia Internacional - Le Monde Diplomatique.**

Diana Aron Svigiliski desapareció el 74', cuando sus padres estaban Israel. Ana María la buscó por todas partes pero Diana no dejó rastros. Nadie la vio, nadie supo nada, sólo el atamán Krassnoff Martchenko que la tuvo en su poder. ¿Qué hiciste con ella maldito? ¿dónde escondiste su cuerpo? Era una joven periodista, llena de vida y de pasión, ¿ya no te acuerdas de que la asesinaste? Nosotros aún la recordamos y seguiremos para siempre recordándola. Diana Aron de 24 años de edad, era soltera. Estudiaba Periodismo y militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Fue detenida el día 18 de noviembre de 1974, en la vía pública por agentes del Estado, ocasión en la que fue herida de bala. Se tienen antecedentes de su permanencia en "Villa Grimaldi" y en la Clínica de la DINA, ubicada en calle Santa Lucía N°120. Desde entonces, se desconoce su paradero. El 18 de noviembre de 1974 fue detenida en la vía pública en la comuna de ñuñoa la militante del MIR Diana Frida ARON SVIGILISKI, quien como producto de la detención, resultó herida a bala.

En el mes de diciembre de 1974 fue detenido por la DINA el conviviente de Diana Frida Aron quien se enteró en Villa Grimaldi de que ésta había pasado por allí y había sido trasladada a la Clínica de la DINA ubicada en calle Santa Lucía. Dichos

antecedentes son corroborados por otros recibidos por la Comisión y se han estimado suficientes para llegar a la convicción de que Diana Aron desapareció por acción de la DINA, en violación de sus derechos humanos.

Alvaro Modesto Vallejos Villagrán, casado, un hijo, estudiante de Medicina, militante del MIR, fue detenido el 20 de mayo de 1974, alrededor de las 20:30 hrs., en el domicilio de sus padres ubicado en Pasaje Prat 3250, Maipú, por efectivos de la DINA que se identificaron verbalmente como miembros del Servicio de Inteligencia Militar. Los agentes, armados con metralletas, lo buscaban por ser integrante del Comité Central del MIR y por disponer de dólares para el financiamiento de guerrillas. La familia fue bruscamente separada en distintas habitaciones de la casa, siendo todos ellos interrogados. Al afectado lo amenazaban diciéndole que "no soportaría la tortura", considerando su estado físico; era de estatura baja y delgado. En seguida fue esposado y se lo llevaron en una camioneta Chevrolet color blanco, modelo C-10. Se supo que fue conducido al recinto secreto de la DINA ubicado en calle Londres 38.

Su cónyuge -María Lucía Villavicencio- se fue a casa de un hermano hasta donde llegaron más tarde los agentes y, luego de interrogar a los dueños de casa, procedieron a llevársela detenida. Ella también fue trasladada a Londres 38, donde se dio cuenta que su presencia en este lugar era para presionar a su marido. Los agentes decían que si él hablaba se comprometían a sacarla del país. Tras venderle la vista -al igual que su cónyuge- la trasladaron a una pieza de interrogatorios donde fue vejada, amenazada e insultada en medio de golpes. Más tarde, fue conducida a la casa de sus suegros, quedando bajo arresto domiciliario. Días después, el 25 y 27 de mayo, los mismos sujetos concurren a su domicilio y lo allanaron, llevándose todo lo que había de valor (una máquina de escribir, dinero, un anillo de oro, etc.).

Un mes después, nuevamente allanaron la vivienda, retirando más especies como maletas y ropa, aduciendo que "todo era robado" o "financiado con dinero extremista".

También en esos días fueron a buscar a su hermana, de solo 14 años, a quien obligaron a que los acompañara hasta el domicilio del afectado.

La familia tuvo contacto con Alvaro Vallejos el día 29 de julio de 1974, fecha en que fue llevado a la casa de sus padres, indicando los efectivos de seguridad que quedaba en libertad y que debía ir a firmar a Carabineros de Maipú cada 3 días. Sin embargo, a los quince minutos, volvieron como 15 agentes, con gran despliegue de vigilancia, los cuales exhibieron a su padre -un Suboficial Mayor del Ejército en servicio activo- las tizas correspondientes y le manifestaron que lo llevaban a firmar y regresaba.

Desde entonces nadie de su familia volvió a verlo.

Alvaro Vallejos fue visto en el recinto secreto de detención de Londres 38 por varios prisioneros que estuvieron con él y recuperaron su libertad posteriormente. Entre ellos, Raimundo Elgueta Pinto, quien se encontraba detenido desde el 6 de mayo de 1974 en ese lugar quien señala que el afectado le contó que había sido torturado. El mismo fue testigo que Vallejos fue llevado tres veces en un mismo día a interrogatorios con largas sesiones de tortura. Dice que la última vez que lo vio fue el 30 de mayo de ese año, en malas condiciones físicas, con sus piernas inmovilizadas producto de la electricidad y los "colgamientos". Lo habían golpeado

mucho, no hablaba prácticamente nada y le expresó que de no decir lo que ellos querían saber, lo matarían en el siguiente interrogatorio.

El último sábado de mayo llegó también al recinto de calle Londres, Blanca Troncoso y, pasada la medianoche, fue llevada junto al afectado a la pieza donde interrogaban. Primero entró el joven, mientras ella quedó afuera y escuchó como se quejaba. Estas sesiones eran dirigidas por el agente Osvaldo Romo, el que después de un rato ordenó que ingresara la testigo. Al interior de la habitación sentía aún los quejidos de la víctima al que pudo ver, en un momento en que se le bajó la venda, lo tenían colgado de una barra. El 5 de junio ella fue trasladada al Estadio Chile. Otra detenida, Eliana Medina, que llegó el 16 de junio de 1974 desde otro recinto ubicado en los subterráneos de la Plaza Bulnes, expresa que Vallejos junto a otros dos presos, Jorge Grez y Agustín Reyes, eran constantemente sacados a interrogatorios y volvían en muy malas condiciones.

Al parecer, hacia fines de junio, Vallejos fue trasladado a Cuatro Alamos y después volvió a la casa de calle Londres. Igual cosa sucedió con Jorge Grez, Agustín Reyes y otro detenido a quien llamaban "lolo", razón por la cual les decían "los 4 Alamitos". Esto lo recuerda Cristián Van Yurick que fue detenido el 12 de julio de 1974 y llevado a Londres 38. Señala Van Yurick que apenas llegó fue interrogado y torturado y más tarde lo ubicaron en la pieza donde estaban los demás detenidos, pero separado del resto. Dice que Vallejos se acercó a él con frazadas y lo tranquilizó. Se conocían con anterioridad.

Algo parecido recuerda Adriana Pino, que también llegó detenida el 12 de julio a la casa de calle Londres. Cuenta que Alvaro Vallejos, a quien también le decían "loro Matías", la acompañaba al baño por orden de los guardias, oportunidad en que le relataba que era torturado en ese mismo baño, donde le introducían la cabeza en un hoyo del piso que contenía al parecer agua con excremento, que luego lo mojaban entero y le aplicaban electricidad.

Graciela Mathieu Loguercio también se acuerda de Alvaro Vallejos durante su reclusión en Londres 38, donde ella llegó detenida la medianoche del 15 de julio. Cuenta que el afectado hablaba mucho e interpelaba a los agentes diciéndoles que eran utilizados. Dice que era uno de los pocos que no demostraba miedo a los aprehensores, lo que le había reportado una suerte de respeto de parte de estos sujetos hacia él.

Esta actitud la recuerda también Patricia Barceló, detenida alrededor del 23 de julio de 1974. Dice que el afectado hacía sonar los tacos, se permitía hacer chistes y caminaba por la pieza, en circunstancias que al resto no se lo permitían.

En el transcurso de la última semana de julio varios detenidos fueron trasladados a Cuatro Alamos y entre ellos también debió serlo Vallejos, ya que muchos dicen haberlo visto nuevamente con posterioridad a esta fecha en este recinto. Entre quienes lo vieron aquí se encuentran Adriana Pino, Francisco Lagos y Lilian Yáñez. Alvaro Vallejos Villagrán había permanecido muy poco tiempo en Cuatro Alamos, ya que a fines de julio o comienzos de agosto de 1974 fue sacado y llevado a Colonia Dignidad, según lo declaró el ex agente de la DINA, Samuel Fuenzalida Devia, el 30 de octubre de 1979 en Alemania, en el juicio que entablara Colonia Dignidad en contra de Amnesty Internacional.

Fuenzalida expresó que en esa fecha acompañó al Capitán de Ejército llamado Fernando o Fernández a Cuatro Alamos a buscar a un preso que recordaba por su

sobrenombre: "Loro Matías", el que era bastante conocido entre los agentes de la DINA. Sabía que era hijo de un Suboficial de Ejército y que estaba destinado a "Puerto Montt", según vio en los kardex de ese organismo. En la DINA se usaba este término para indicar que iban a matar a un preso por tierra. Otro término "La Moneda", se usaba para indicar que lo mismo harían con un preso, pero tirándolo al mar.

El ex agente contó que Vallejos iba esposado y pidió permiso para llevar sus cosas personales, pero el Capitán le contestó que no las iba a necesitar.

El viaje lo hicieron en una camioneta Chevrolet y antes de iniciarlo, a la víctima le pusieron scotch en los ojos y encima lentes oscuros. A la llegada a Parral, en el Cruce a Catillo, se cruzaron con otra camioneta con civiles con quienes intercambiaron un santo y seña. El Capitán se bajó y cuando quedaron solos, Vallejos le dijo a Samuel Fuenzalida que tenía la impresión que lo llevaban a un lugar donde ya había sido conducido con anterioridad, porque era el mismo camino. Al llegar al recinto de "los alemanes" como llamaban en la DINA a Colonia Dignidad, los esperaba un automóvil Mercedes Benz color celeste con dos alemanes en su interior, uno de ellos, el más viejo, parecía ser el jefe y lo llamaban "El Profesor". El prisionero fue subido a este vehículo y en seguida ingresaron todos al recinto. Fuenzalida no supo a qué sector llevaron a Vallejos, porque él entró a una casa grande y la víctima continuó con "El Profesor" y el Capitán (Fernando o Fernández). El Oficial llegó a los pocos minutos y rato después "El Profesor", el que dijo "fertig" (en alemán: terminado) e hizo un gesto que el testigo entendió que el preso estaba muerto.

Al volver a Santiago notó que la ficha del "Loro Matías" había desaparecido del kardex de detenidos. Cabe señalar que el Oficial hablaba en alemán con "El Profesor".

El nombre de Alvaro Vallejos fue incluido en una nómina que se entregó a los medios de prensa en febrero de 1975, cuando la DINA montó una "Conferencia de Prensa" con cuatro detenido del MIR: Cristián Mallol, Humberto Menanteaux, Hernán González y Hernán Carrasco, los que fueron obligados a decir que el MIR estaba destruido y a la vez entregar públicamente los nombres de numerosos miembros de su Dirección, los que estarían muertos, detenidos, asilados, o fuera del país. Alvaro Vallejos figuraba como "exiliado". Esta "Conferencia" fue de responsabilidad del Mayor Pedro Espinoza Bravo, en esa época Jefe del recinto de la DINA conocido como Villa Grimaldi, y llevada a cabo por el Teniente Miguel Krassnoff y otros Oficiales de la DINA. Los cuatro militantes del MIR obligados a realizar esta operación habían sido detenidos a fines de 1974 y sometidos a interrogatorios y tortura sistemática. Después de participar en este montaje continuaron detenidos y meses después fueron dejados en libertad. Sin embargo, Menanteaux y Carrasco fueron detenidos nuevamente y aparecieron muertos, con sus cuerpos destrozados y claras huellas de tormento en un cerro de Buin. Las autoridades en un primer momento negaron la detención de Alvaro Vallejos, pero después la reconocieron, por un Decreto Exento del Ministerio del Interior de fecha 10 de junio de 1974, pero al mismo tiempo informaron que había sido dejado en libertad por otro Decreto de fecha 29 de agosto del mismo año.

Su cónyuge debió salir del país por razones de seguridad. Durante largos años tuvo prohibición de ingreso a Chile.

-----0-----

## Revolucionarios Profesionales

Para Alvaro Vallejos Villagrán "Matías"

Juan Schilling Quezada



Mi pantorrilla hinchada de manera grotesca me enviaba mensajes y señales confusas mezclando punzadas profundas con latidos. Difícil era descifrar lo que me quería decir mi querida pata izquierda, pero yo lo interpretaba como «cuidado, estoy a punto de reventar». De vez en cuando me subía un poco la manga del pantalón para verificar que aún resistía, que aún no empezaba a agrietarse. Y Matías seguía dándole y machacando con eso de los revolucionarios profesionales y que el Pelao Lenin esto, y que el Che aquello, y yo esperando que terminara con su charla de educación política para mostrarle el pie y preguntarle que podía tomar. Después de todo, él había sido alguna vez estudiante de medicina, aunque

yo no sabía de qué año y lo más probable es que a esas alturas ya hubiese abandonado su carrera como yo mismo ya lo había hecho con la mía, pese a que ninguno de los dos estuviera dispuesto a reconocer tal abandono.

Estaba a punto de dormirme con el calor de la tarde santiaguina y la voz monótona y cansada que de tarde en tarde repetía «revolucionarios profesionales» casi como una muletilla, hasta que por fin hizo la pregunta mágica: «¿Alguien más quiere alargar la reunión?». Una forma muy particular de ofrecer la palabra que ningún valiente se atrevía a aceptar. Su charla terminaba siempre con esa famosa pregunta. Esperé a que salieran los muchachos para mostrarle mi pata.

-¿Qué te pasó güevón? -preguntó Matías al ver la hinchazón tremenda. La cosa lucía peor de lo que era, porque en la posta me la habían pintado con yodo dándole un toque escandaloso.

-Me dieron con una lacrimógena -contesté con un tonito que no era de lamento, sino más bien de disimulado orgullo.



-¿Y ya te vio un médico?

-La chica Pamela me llevó a la posta, pero no sé si sería médico el que me atendió. Yo estaba medio mareado. Sólo sé que me echaron yodo pero no me recetaron ni aspirinas -y ante la mirada «doctoral» de Matías, agregué -lo único que obtuve fue que el diario La Tribuna publicara mi nombre en la lista de heridos.

-Porqué no te vas para que te vea tu papá y te cuiden un rato en casita, para eso tu viejo es médico de verdad -propuso Matías, olvidándose de las tareas que el mismo me había asignado y que yo ni muerto hubiera dejado de cumplir, por eso quise desdramatizarlo -oye, pero si yo iba apenas pasando por ahí cuando me cayó la bomba encima no sé de dónde.

-Entonces tómate unas dolopironas -dijo Matías -te quitarán el dolor y te ayudarán con la inflamación. Tuviste suerte porque la bomba no te rompió nada.

-Si fue puro susto... sobre todo al principio cuando no sentía la pierna ni siquiera como si estuviera dormida. Era como si me la hubieran desconectado.

-Tómate unas dolopironas y descansa un par de días -insistió con aire de  
-----



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 1999 -2009 